



# UNIVERSIDAD Y MILICIA, VALORES COMPARTIDOS

LECCIÓN MAGISTRAL PRONUNCIADA POR D. RUBÉN  
GARCÍA SERVET CON MOTIVO DE SU NOMBRAMIENTO  
COMO DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
POR LA UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CARTAGENA

# UNIVERSIDAD Y MILICIA, VALORES COMPARTIDOS

LECCIÓN MAGISTRAL PRONUNCIADA POR D. RUBÉN  
GARCÍA SERVERT CON MOTIVO DE SU NOMBRAMIENTO  
COMO DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
POR LA UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CARTAGENA

Cartagena, 30 de enero de 2023



Universidad  
Politécnica  
de Cartagena

MIEMBRO DE



EUROPEAN  
UNIVERSITY OF  
TECHNOLOGY



Aniversario UPCT  
1998-2023

© 2023, Rubén García Servert  
© 2023, Universidad Politécnica de Cartagena  
Ediciones UPCT  
Plaza del hospital, 1  
30202 Cartagena  
968 325908  
ediciones@upct.es



Esta obra está bajo una licencia de Reconocimiento-NOcomercial-SinObraDerivada (by-nc-nd): no se permite el uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. [http:// es.creativecommons.org/blog/wp-content/uploads/2013/04/by-nc-nd.eu\\_petit .png](http://es.creativecommons.org/blog/wp-content/uploads/2013/04/by-nc-nd.eu_petit.png)

Rectora Magnifica, Peto veniam

Excma. Sra. Rectora Magnífica de la Universidad Politécnica de Cartagena, Autoridades Académicas, Autoridades de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, Director General de Reclutamiento y Enseñanza Militar, Almirante de Acción Marítima, Autoridades Militares, Profesores y Alumnos, Amigos y Compañeros.

No puedo empezar estas palabras más que con un profundo agradecimiento a la Universidad Politécnica de Cartagena y a su Centro Universitario de Defensa de San Javier por esta distinción. Agradecimiento al Profesor Dr. D. Antonio Viedma por sus palabras, que dejan traslucir una profunda amistad entre nosotros. Gracias Antonio.

Agradecimiento a título personal pero, sobre todo, porque reconoce los méritos del equipo de la Universidad Politécnica de Cartagena, de la Academia General del Aire y de la Dirección de Enseñanza del Ejército del Aire que con visión, rigor y pasión, supieron poner en marcha el Sistema de enseñanza y el plan de estudios vigente en San Javier. Todos ellos son, como equipo, los verdaderos protagonistas de este Acto. Estoy convencido que este reconocimiento hermana todavía más a nuestras Instituciones.

Esta Universidad, y muchos de sus miembros, me resultan especialmente cercanos, Profesores, Alumnos y Personal de Administración y Servicios. Mi profunda relación con muchos de ellos, más allá de lo profesional, ha culminado con sincera amistad y una visión del mundo compartida. No puedo dejar pasar la ocasión de nombrar aquí a algunos de los protagonistas de esta historia: Félix Faura, Joaquín Roca, Juan Moliner, Nicolás Madrid, Andrés Dolón, Carmen de Nieves y Ricardo Teruel, las piezas claves del proyecto que voy a glosar en mis palabras.

Hace ya muchos años, siendo yo alumno en la Academia General del Aire, inicié mis estudios de Derecho. Recuerdo que tuve que interrumpirlos porque, en palabras textuales de uno de mis profesores de aquel tiempo, debía decidirme por ser militar o ser universitario. Existía, en aquellos tiempos, una incompatibilidad subyacente entre nuestros dos mundos. Hoy está entre el auditorio algún compañero testigo de mi amargura, porque en mi análisis no hay nada más cercano ni más complementario al núcleo duro de la milicia que la Universidad.

Este incidente fue aún más sorprendente porque, ya por entonces, siete promociones de Oficiales del Ejército del Aire estudiaron un primer curso de ingeniería en Granada, simultaneando la formación militar con la universitaria, impartida por la Universidad, y nosotros procedíamos de aquel sistema.

La experiencia universitaria en la formación militar tuvo sus luces y sus sombras. Quizá llegó un poco pronto y hubo detalles que no estuvieron bien afinados, pero supuso un antecedente del sistema actual.

La Providencia puso ante mí, treinta y cinco años más tarde, la oportunidad de rendir un servicio extraordinario a los futuros Oficiales del Ejército del Aire y del Espacio con la activación de un Centro Universitario de Defensa en la Academia, y la puesta en marcha de un plan de Estudios de Grado en Ingeniería de Organización Industrial, integrado con su formación aeronáutica y militar.

Al inicio de este proceso solo hubo dos certitudes. Los estudios que mejor se adaptaban a la formación de los alumnos de San Javier eran, sin duda, los de una ingeniería. Además, supe desde el primer momento que contaba con la visión, lealtad y compromiso de nuestra Universidad de referencia, la Politécnica de Cartagena.

Recuerdo que, al principio, tuve que explicar a muchos reticentes de ambas partes el porqué de la complementariedad en la formación, que se plasmó en un plan de estudios integrado. Las reticencias eran, como siguen siendo, de fondo. Una visión del mundo en blanco y negro que la realidad desmiente, porque siempre pensé que había razones para la objeción que iban mucho más allá de un mero y superficial análisis de cargas lectivas.

La exigencia de la formación universitaria del Oficial del siglo XXI, proviene de la necesidad de una estructura mental adaptable y rigurosa que le permita moverse con naturalidad por los caminos de la alta tecnología y la incertidumbre congénita a un mundo imprevisible.

La compatibilidad docente entre esta necesidad técnica y científica y los valores del soldado, se fundamenta en razones éticas. Tiene su base en los núcleos esenciales de una formación militar y de una formación universitaria bien entendidas. El éxito esencial del nuevo sistema de estudios en San Javier reside en el hecho de que la formación de grado que imparten los profesores de la Universidad Politécnica de Cartagena, no sólo se limita a saberes técnicos sino que contribuye de

forma decisiva a la formación integral en valores de nuestros futuros Oficiales.

No en vano la ingeniería tiene orígenes militares. Nace en Europa a mediados del siglo XVIII cuando las obras de utilidad y financiación pública dejan de ser proyectadas y ejecutadas por los ingenieros militares, hasta entonces los únicos profesionales con la formación necesaria para desempeñar estas funciones.

La llegada de la Ilustración y el cambio de mentalidades que trajo consigo, aumentó considerablemente las necesidades de este tipo de obras de uso específicamente civil y de técnicos capaces de concebirlas y construirlas.

Así pues, la ingeniería civil surge como bifurcación de la ingeniería militar, por tanto no debe extrañarnos que exista una cercanía de fondo y un idioma común que pocas veces se ha explicado en detalle.

Hace cinco años, el Ejército del Aire, por vez primera en su historia, publicó su doctrina de liderazgo y valores, redactada por un grupo de trabajo del que tuve el honor de formar parte. Estos días he dedicado un tiempo a rescatar esta doctrina, que es el núcleo central ético de la Institución. Esta relectura pausada, me ha permitido revisitarlo en clave universitaria y compararla con el Código Ético de la Universidad Politécnica de Cartagena, publicado en 2014.

El resultado, como les expondré a continuación, es que en el fondo, más allá de ropajes y accesorios, los códigos de valores de milicia y universidad se superponen hoy, como lo han hecho siempre, de una forma muy cercana, complementaria.

Recupero en este punto mi peripecia personal, lo que me permite hoy explicar sobre bases firmes, pero con naturalidad, esa complementariedad que intuía en mi lejana juventud.

Hay en los valores militares un núcleo duro que gira alrededor del **sentido de la responsabilidad**, que va mucho más allá de lo que se asume a cambio de un sueldo o de un pago por unos servicios.

A lo largo de mi vida profesional he tenido un contacto estrecho con las Instituciones académicas de enseñanza superior, en las que he impartido docencia en muchas ocasiones. He tenido el privilegio de compartir experiencias con Profesores con mayúsculas, docentes profesionales que dedican su vida a la formación de sus alumnos,

muchas veces en medio de la incomprensión y de normativas de dudosa racionalidad.

Al final, la calidad de nuestros futuros profesionales depende más de la responsabilidad del honesto Profesor que de inventos pedagógicos confusos. Todos tenemos en mente la figura de ese maestro vocacional, entregado a su misión y frecuentemente incómodo por no poder llevar hasta el final su compromiso con la excelencia.

Reconozco en él al hombre disciplinado y abnegado que constituye el modelo ético que intentamos implantar en la mente de nuestros futuros Oficiales.

Porque en nuestras profesiones las cosas no se limitan a recursos materiales, a infraestructura o a vender un producto que no forma parte de nosotros mismos. El centro de la labor formativa es la interacción vibrante entre Profesor y alumno, y ahí es la propia personalidad del docente el eje del proceso.

Un profesor que merezca la pena, se da personalmente a sus alumnos, lo que exige no pocas cosas. Rectitud de conducta, cohesión de la Institución en los fines de la docencia y anteponer en demasiadas ocasiones el interés general al particular

Esta virtud en lo militar se lleva hasta sus últimas consecuencias, pues se exige anteponer el cumplimiento de la misión incluso al riesgo de la propia vida.

Sin embargo, detecto en las dos Instituciones una necesidad de autodisciplina no impuesta, que deriva de un código de conducta noble, que nos lleva a asumir nuestras responsabilidades más allá del mero cumplimiento frío de un horario.

Y la herramienta docente por excelencia es el **Ejemplo**, la coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos, porque el profesor es modelo y guía para el alumno, no menos que el Oficial que valga la pena es ante todo un modelo para sus subordinados.

Seamos conscientes de que el alumno asume los valores de la Institución en la que se ha formado y a la que va a representar a lo largo de toda su vida profesional. Tenemos el imperativo de dotar a los imprescindibles y profundos conocimientos técnicos, de carga moral. Ello evitará a nuestros graduados tener que hacer frente al reproche

moral y jurídico por proyectos inconsistentes o mediocres que lleven su firma.

Al final, el prestigio de nuestras Instituciones reside también en su código ético que empapa de forma inadvertida a sus alumnos. Por eso, el de la Politécnica, afirma que "ha de servir para ayudarnos a ser mejores profesionales, mejores estudiantes y mejores personas."

La España del siglo XXI necesita ingenieros bien formados y virtuosos que sean capaces de liderar nuestra investigación, nuestros proyectos y nuestras empresas. En nada es esto diferente de nuestro compromiso docente en la milicia.

Ejemplaridad y transparencia van de la mano, y requieren una conducta íntegra. La integridad es más que un principio, es una obligación ética. Y aunque no esté de moda, tal vez es pertinente recordar en un acto como este que la ejemplaridad genera confianza y credibilidad ante los demás. Conviene retomar el culto a la verdad y la necesidad de modelos íntegros de los que nuestra sociedad se muestra hoy tan necesitada.

Pues bien, tampoco es casualidad que los valores esenciales de la milicia exijan un **Compromiso**, que es la implicación intelectual y emocional del personal con la Institución a la que consagran sus vidas y marca la diferencia entre actuar por obligación y hacerlo por convencimiento.

Creo sinceramente que todo buen profesional se ve retratado en este compromiso que es, sobre todo, una ética de servicio a nuestros conciudadanos que debe impregnar nuestros objetivos, nuestras actitudes y nuestro día a día.

Nuestras Instituciones sirven en positivo al proyecto colectivo que es España o son elementos disonantes, por muy altas prestaciones tecnológicas o investigadoras que sean capaces de impartir. Porque, en el fondo, la tecnología sin alma no sólo estará falta de rumbo sino que puede ser peligrosa, de ello hay suficientes testimonios históricos.

Por eso compartimos las esencias que encarnan el espíritu de servicio y una disponibilidad para nuestra vocación, que frecuentemente no entiende de horarios, ni límites objetivos. Esta disponibilidad, compromiso y espíritu de servicio son instrumentales, tanto para el hombre de armas para el cumplimiento de la misión, como para

nuestros graduados, y deben impregnar por igual todas sus actuaciones personales y profesionales.

Quizá estoy tocando temas que se alejan de los valores predominantes en nuestra sociedad postmoderna, no lo niego, pero estoy convencido de que la imprescindible regeneración se ha de fraguar entre estas paredes.

Tenemos que ser capaces de transmitir a nuestros alumnos un compromiso vital ético que debe ser principio rector de sus existencias, y los lleve a una actuación profesional rigurosa y exigente.

Sobre un trasfondo de relativismo y superficialidad, tenemos que ser capaces de transmitir en primer lugar, el valor del esfuerzo y del rigor, nuestro compromiso con las cosas bien hechas. Necesitamos desesperadamente una apuesta decidida por la excelencia. En la enseñanza superior no cabe la mediocridad.

Nos debemos, honrados profesores de ambas Instituciones, a un compromiso con el futuro de nuestros alumnos, nuestra razón de ser. Nuestra misión no puede ser sólo fabricar graduados, sino formar profesionales que, con su compromiso vital, contribuyan a hacer una España mejor.

Al final, nuestra vocación docente es una exigencia de rigor con nosotros mismos y con nuestros alumnos, inculcando en ellos un profundo desarrollo personal y profesional, un sentido de la responsabilidad que les capacite para decidir sin miedo, asumiendo las consecuencias de cada decisión, y un compromiso para hacer siempre lo correcto, compromiso, en definitiva, con España que no es exclusivo del militar, sino de todos los que desean un futuro de paz y oportunidades.

Todo lo anterior en un marco abierto de debate que exige **respeto** por la opinión divergente, por la idea innovadora, por la opción contracorriente, lo que va mucho más allá de no discriminar. Las Instituciones académicas han de ser foro de debate abierto y de libertad y no instrumentos de adoctrinamiento.

El respeto transmite sinceridad y autenticidad y no cabe labor docente superior sin una mente abierta, como tozudamente enseña la historia. Pues bien esta apertura al mundo y a las ideas es esencial en la formación del Oficial, porque le permitirá adaptarse con mucha mayor

facilidad a los entornos en los que ha de desarrollar su misión, entornos frecuentemente alejados geográfica y mentalmente de su zona de confort.

Un ciudadano del mundo globalizado de hoy, pero mucho más un militar, no puede permitirse tener una visión del mundo limitada y no estar abierto a otras formas de ver la realidad.

El ciudadano adoctrinado y radical en sus concepciones vitales, tiene limitado su crecimiento y su capacidad para una contribución innovadora al mundo al que pertenece.

Por eso hemos apostado en San Javier por la amplitud de mente que proporciona a nuestros alumnos, una Institución Universitaria que nos ayuda a una formación más profunda en lo técnico y en lo humanístico.

Una labor compartida como la descrita exige un **espíritu de equipo** extraordinario, que va mucho más allá de compartir objetivos de acuerdo con unos principios comunes. La unión genera, sin duda, un resultado muy superior al que produciría la suma de las partes por separado.

Nuestro espíritu de equipo ha hecho que, desde el principio, hayamos buscado el éxito a través de la diversidad, de la que surgen la innovación, la creatividad y el aprendizaje.

Hoy, cuando los enfoques multidisciplinares son más necesarios que nunca, una apuesta de equipo que haga converger perspectivas diversas, parece más pertinente que nunca.

El **valor y la abnegación** son asimismo virtudes fundamentales señaladas por las Ordenanzas militares. Su perfil y necesidad para el soldado son evidentes, pero no lo son menos para el Profesor universitario de hoy en día. Porque el compromiso asumido exige muchas veces levantar la voz contra la mediocridad y contra la manipulación, y ello aún a costa de riesgos personales.

Un Profesor que no consagra lo mejor de sí mismo al rigor y a la verdad, no es coherente con su vocación, y no siéndolo, no vale para la docencia.

Tal vez en las aulas no se trata tanto de superar el miedo ante el peligro, el miedo a ser herido, capturado o a perder la vida. Ha habido épocas de nuestra historia en las que ese miedo ha existido, pero hoy

no requiere menos arrojo soportar el insulto o el boicot en la defensa del debate libre universitario.

En este mundo tan confuso del Siglo XXI, la coherencia, la verdad, el esfuerzo y el rigor impartidos desde el estrado exigen el valor de ir contracorriente. Y no digamos cuando se trata de innovar, promover el cambio, adentrarnos en lo desconocido, tener iniciativa sin miedo a fracasar ante la incomprensión de nuestro entorno. Salir de lo de siempre exige buenas dosis de valor.

Coherencia y culto a la verdad para iniciar proyectos y estimular a quienes nos rodean para que sean creativos, sabedores de que en el desafío de crear algo nuevo reside parte de ese optimismo que motiva y genera pasión por el trabajo.

La acometividad en el día a día tiene que ver con la actitud valiente y resuelta con la que desafiamos los problemas y nos reafirmamos en nuestros valores.

Todo lo que he descrito hasta ahora se resume en una palabra clave para todos nosotros, **Profesionalidad**, porque en esta vida o se es profesional en el trabajo o no se es nada. Y lamentablemente, vivimos una época extraña en la que el culto al trabajo bien hecho y al compromiso con el propio desarrollo profesional parecen no estar de moda.

Quizá lo esencial en este mundo postmoderno sea rescatar las enseñanzas de nuestros padres. Cada uno de ellos rendía culto a su trabajo, al que dedicaban lo mejor de sí mismos. Recuerdo que el mayor horror para ellos era la superficialidad. Sin duda, la excelencia en el trabajo suele ir paralela a la excelencia en todas las facetas de la vida, porque al final sólo puede ser un profesional excelente quien es también una persona excelente.

Y aquí es donde conviene hacer una llamada de atención, porque en un mundo tan complejo y en un entorno tan técnico como es el Ejército del Aire y del Espacio, no nos podemos permitir una formación de los alumnos que no sea integral y extraordinaria en todos sus aspectos.

La profesionalidad del Oficial del Siglo XXI exige una poderosa carga moral y ética, pero también una formación humanística y, sobre todo, técnica, de un nivel que sólo nuestra Universidad de referencia nos puede impartir.

No es menos militar el mejor formado, sino al revés. Necesitamos líderes éticos de un altísimo y riguroso nivel técnico y además con una impecable formación militar, a la que nuestros profesores de la Universidad Politécnica de Cartagena colaboran de forma decisiva.

Quiero destacar aquí la **Lealtad** de los profesores del CUD al proyecto. Lealtad que es, en este caso, fidelidad a la misión y fidelidad a nuestros alumnos de San Javier.

Sin lealtad no hay confianza, y sin confianza sería difícil acometer los sacrificios que impone una misión tan delicada, lo que ha obligado en más de una ocasión a anteponer el bien común al beneficio individual, sacrificando en ocasiones legítimas aspiraciones personales.

Pero ser leal no es estar siempre de acuerdo, no siempre es sólo agrandar ni decir lo que se quiere oír. La lealtad obliga a opinar y decir con sinceridad absoluta lo que pensamos, aun a costa de que no sea lo que se espera ni lo que vaya a agrandar.

Nuestro objetivo, en este proyecto de colaboración, siempre fue la excelencia individual que nos permita la excelencia colectiva, incorporando con las sucesivas promociones de Oficiales una cultura de calidad total con la que afrontar los desafíos de forma más eficaz, eficiente y económica.

Nuestra profesionalidad y el afán por ser cada día mejores, requieren dedicación, esfuerzo, el sacrificio de nuestro tiempo y la humildad que nos proporciona cierto "inconformismo intelectual" que nos permite aprender de los errores.

Nuestro sentido de la profesionalidad nos conduce a una actualización permanente de nuestros conocimientos para "estar al día" en nuevas tecnologías, desarrollos y procedimientos. Nos proporciona prudencia, criterio para decidir y la flexibilidad y agilidad necesarias para responder a situaciones cambiantes o adaptarnos a diferentes misiones y escenarios.

**Sigo sin comprender** a quienes siguen sosteniendo que nuestra Universidad y nuestra milicia son dos mundos radicalmente distintos. Es más, creo por las razones expuestas, que son dos caras excelentes de una moneda de oro, pilares de una nación dinámica y potente, tal y como recogen sus respectivos códigos éticos.

Porque, como decía al principio de estas palabras, para todos los presentes, nuestra razón de ser no es otra que España, un proyecto colectivo brillante, limpio y emocionante al que generaciones de antepasados dedicaron lo mejor de sí mismos. Aprovecho hoy, desde aquí, para dedicar a nuestros padres y abuelos un homenaje por tanto que les debemos

Tenemos nosotros ahora el testigo de revitalizar entre todos un proyecto ilusionante para nuestros hijos y, por ello, tenemos que profundizar sin complejos en nuestros valores compartidos que son eternos y que nos distinguen como la nación que supo configurar el mundo.

Por eso hoy, desde Cartagena, faro que ha sido de lo mejor de nuestra España, mi mensaje final es de eternidad, de fe en el futuro y de reafirmación en la herencia ética de nuestros padres. Profundicemos en libertad en lo que nos une más que en lo que nos diferencia. Esta es en resumen mi humilde reflexión hoy ante todos Vds.

Muchas gracias por su atención.



Universidad  
Politécnica  
de Cartagena

**edicionesUPCT**